



Patricia McDermott

Doña Perfecta: ¿El caso de un tío inocente?

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Patricia McDermott

Doña Perfecta: ¿El caso de un tío inocente?

University of Leeds

El título lleva un signo de interrogación porque me parece que Doña Perfecta, aunque novela de tesis, no busca ese «cierre total a lo escrito» que dice Germán Gullón, sino que deja el final abierto, como dice Ribbans en su examinación de las variantes del final, invitación libre a la interpretación del lector. La ambigüedad de la novela como *magistra vitae* parece oponerse autoconscientemente a la autoridad infalible de la Iglesia, cuya historicidad y universalidad la novela de tesis religiosa comparte en la esfera de la imaginación con la *Mater et Magistra*. Empezando con el final, el epitafio del último capítulo XXXIII (la edad de Cristo) de Doña Perfecta: «Esto se acabó. Es cuanto por ahora podemos decir de las personas que parecen buenas y no lo son», -la intervención directa del narrador remite explícitamente la lectura de lo narrado a la luz del conflicto entre la apariencia y la realidad, la buena y mala fe en la conciencia individual y colectiva, clave final a la vez iluminadora y mistificadora.

Estoy de acuerdo con Germán Gullón (art. cit, p. 141) en que el subtexto de una novela «lo compone el crítico con cuanto queda sin expresar, lo tácito, que informa a lo dicho vía su consciente exclusión»; también con su propuesta (pág. 131) respecto a la lectura de Doña Perfecta de que «la conciencia teórica debe ceder el paso a la interpretación lograda desde los presupuestos en que fue escrita». Igual con Zahareas, que dejando lugar para la revelación de la ideología del crítico en su lectura, señala las correspondencias entre la representación novelesca y el contexto histórico como claves [548] para explicar los problemas de la novela. El análisis de Doña Perfecta hecho por Zahareas sí ilumina la infraestructura socio-económica de la novela a la luz de los modernos estudios del desarrollo, pero su sugestiva interpretación del sentido de la novela como el fracaso de una falsa conciencia histórica liberal vencida por una conciencia histórica conservadora más lúcida parece basarse en una mala lectura del estado final de la conciencia de Doña Perfecta, según él, segura y despreocupada, triunfalista (art. cit., pp. 46-51).

Zahareas pretende que su lectura de la novela no difiere de la interpretación según la historiografía moderna de los problemas de los liberales decimonónicos que transformaban los problemas políticos y las dificultades económicas en cuestiones morales. Sin embargo, afirma: «La novela insinúa que no hay necesidad tanto de cambios morales o religiosos como de reformas sociales, políticas y económicas» (p. 46. La traducción es mía). Discrepo

del enfoque de Zahareas: en el contexto histórico el novelista liberal inevitablemente enfocaba el conflicto de ideologías en términos de las relaciones en la superestructura (término marxista nunca utilizado por Galdós) entre la política, la ley, la ética y la religión, incluso el arte. En una sociedad en la transición de una comunidad sagrada a una comunidad secular la cuestión candente era la relación entre la Iglesia y el Estado; la reforma (o la estasis) política, económica y social dependía de la resolución de la cuestión religiosa. Aunque Galdós empieza la narración enfocando la infraestructura económica (la propiedad) y termina revelando los factores socio-económicos que motivan la (in)acción (in)moral de María Remedios y Don Inocencio, en el caso de Doña Perfecta es una cuestión de autoridad moral con respecto a la salvación eterna de su hija. La búsqueda del quid del asunto implica un viaje al corazón de España donde hay que efectuar un cambio de sentimiento y de idea en la esfera moral y religiosa -en relación con el mundo fuera del libro, por medio de la conciencia avivada del lector.

Me pongo de parte de los críticos (Cardona, Montesinos, Aparici, Cueto et al) que privilegian la dimensión religiosa del texto de Galdós en el contexto contemporáneo del [549] debate en torno a la Constitución de 1876 y el célebre Artículo XI sobre la libertad de conciencia y del culto en privado, artículo que necesitaba doce sesiones en el Parlamento para resolver y que daba tanto disgusto a los católicos. Ya en sus Pensamientos que se publicaron durante el Sexenio (1873) el Obispo de Jaén, más tarde Cardenal-Arzbispo de Toledo y Primado de las Españas, Antolín Monescillo se había preguntado acerca de la Revolución de 1868: «A presencia del crimen se pregunta: ¿quién hizo tal cosa? ¿Por qué no se investiga quién enseñó a hacerlo?» En 1876 Doña Perfecta parece ser una respuesta irónica a la pregunta del prelado que asistió al Primer Concilio Vaticano, pregunta que, conforme a la tesis de Zahareas, el novelista se hace acerca del fracaso liberal. La respuesta novelística es una parábola político-religiosa que, a diferencia de la tesis de Zahareas, subraya la responsabilidad y culpabilidad de la falsa conciencia histórica de los Ultramontanos y Absolutistas: la paranoia de la Iglesia que vive temiendo el pasado (la Reforma luterana y la Revolución francesa), temiendo la modernidad y el futuro, simbolizada por el reloj del comedor de Doña Perfecta con «las inmóviles pesas y el voluble péndulo, diciendo perpetuamente que no» (p. 42).

De acuerdo con el análisis hecho por Ricardo Gullón del significado simbólico de la narrativa como una serie de círculos concéntricos que se extienden desde el individuo, la familia y la nación hasta el universo, Orbajosa no sólo se sitúa en el mapa espiritual de España sino también en el del mundo católico occidental. Por todas partes se va a Roma; la etimología irónica *Urbs Augusta* señala la conexión romana y el cesarismo. En efecto la fecha de 1870 (y el uso por primera vez de error, palabra-clave en el texto) ubicada en el capítulo III establece como punto de referencia histórica el Primer Concilio Vaticano y sus dos constituciones doctrinales *Dei Filius* (sobre la relación de la fe y la razón) y *Pastor Aeternus* (sobre la primacía jurisdiccional y la infalibilidad del Papa). Algunos prelados celosos como el inglés Manning hablaron del Papa como la encarnación del Espíritu Santo o del Hijo de Dios. Galdós invierte irónicamente todo esto en la representación del Hijo del Hombre en el héroe falible Pepe Rey, presentado en el capítulo III como el hombre científico, representativo del espíritu del siglo con su fe en la perfectibilidad moral del ser humano. [550]

Los pre-textos del Concilio Vaticano eran la encíclica de Pío IX publicada en 1864 *Quanta Cura* (la cura del papa de fomentar la verdadera doctrina entre los fieles y de guardarles del error) y el adjunto *Syllabus* que identificaba 80 errores que se proponían extirpar la influencia de la Iglesia en la vida de la persona, la familia y la nación católica. Estos documentos papales eran los intertextos en el debate constitucional en España y son los intertextos antitéticos en la dialéctica intratextual de la novela. En el curso de la persecución de Pepe Rey por sus inquisidores, Don Inocencio y Doña Perfecta le identifican con todos los errores del *Syllabus*: el racionalismo, el naturalismo, el panteísmo, el indiferentismo y, sobre todo, el liberalismo. La proposición final (80) del *Syllabus* que todo católico debe renunciar es la de que el pontífice romano puede y debe reconciliarse y armonizarse con el progreso, el liberalismo y la civilización reciente. Es la tesis del novelista liberal que demuestra la realidad histórica de su negación por la Iglesia en el argumento de su novela en el cual las fuerzas de la reacción católica frustran la propuesta de matrimonio entre Pepe Rey y Rosario, unión preñada de la posibilidad de un nuevo futuro. Rosario es la figura de la joven España, politización a la vez que singularización del tipo costumbrista de la niña nerviosa (como Doña Perfecta lo será de la madre ascendente).

Galdós se dirige a lo esencial: el efecto de la doctrina en la vida íntima del individuo en su relación amorosa, motivo de especial preocupación de la Iglesia que le dedica un capítulo en el *Syllabus*, el VIII, que trata del sacramento del matrimonio y el error del matrimonio civil. En el capítulo VIII de la novela *Pepe Rey* contesta el temor de Rosario de que sus respectivas cosmovisiones sean irreconciliables:

«- Estás en un error, querida prima. Ni yo traigo aquí la idea que supones, ni mi carácter está en disonancia con los caracteres y las ideas de aquí. Pero vamos a suponer por un momento que lo estuvieran.

- Vamos a suponerlo.

- En este caso tengo la firme convicción de que entre tú y yo, entre nosotros dos, querida Rosario, se establecerá una armonía perfecta. Sobre esto no puedo engañarme. El corazón me dice que no me engaño». (p. 60)

Las promesas solemnes de los amantes ante el Cristo Crucificado en el capítulo XVII (*Luz a oscuras*) contrastan con la farsa grotesca del final original: el proyecto de matrimonio entre Doña Perfecta y Jacinto, impedido por la muerte accidental de éste atravesado por el cuchillo de cocina de su madre, escena final de paródica *Pietà*. La revisión de este final -que implica la intervención y el Juicio divinos- en su segunda versión deja al juicio del lector la interpretación de la evidencia sobre la conducta [551] presente y

futura de los supervivientes con respecto al tema de la conciencia humana y la autoridad moral infalible.

En la confrontación verbal final entre Doña Perfecta («Su actitud era la del anatema hecha mujer», p. 172), Pepe Rey rechaza la opinión de ella: «El mundo podrá tenerle a usted en olor de infalibilidad. Yo no» (p. 173). Mi colega Ronald Cueto (art. cit., pp. 164-165) ha ofrecido una interpretación persuasiva de Doña Perfecta como figura de la sociedad perfecta de la Iglesia (societas perfecta), combatiente de la autoridad estatal en el capítulo V del Syllabus. Contrafigura irónica, claro está. («Todo aquí es ironía», p. 11; «Aquí todo es al revés», p. 14). Cueto (p. 166) lamentó no tener espacio para considerar la figura del Penitenciario en un esquema narrativo simbólico que opone Doña Perfecta (la Madre Iglesia) a Pepe Rey (el estado liberal), irónicamente desarrollado éste como una figura de Cristo laico. En este espacio yo quisiera considerar el significado de aquel «santo varón piadoso y de no común saber, de intachables costumbres clericales» (p. 33), que abusa la dirección espiritual del confesonario por intereses materialistas so pretexto de preservar la pureza doctrinal, como una figura del celibato, base del misterio y poder clerical, figura de la autoridad patriarcal del clero y del papado.

El nombre propio Inocencio, que Doña Perfecta opina tan apropiado, le asocia inmediatamente con los papas del mismo nombre, especialmente con el Papa-Santo Inocencio I que afirmó la primacía de Roma y la autoridad de la Santa Sede y reiteró la prohibición del matrimonio del clero, y con Inocencio X, conocido por el nepotismo ejercido bajo la dominación de su cuñada Doña Olimpia. Efectivamente, el primer retrato de primer plano del canónigo (capítulo IV) -«sosteniendo el manteo con ambas manos cruzadas sobre el abdomen, fija la vista en el suelo, con los anteojos de oro deslizándose suavemente hacia la punta de la nariz, saliente y húmedo el labio inferior, y un poco fruncidas las blanquinegras cejas» (p. 33)- trae a la memoria el famoso retrato de Inocencio X pintado por Velázquez. La preocupación parece ser terrenal, asociada con el materialismo de la barriga. La escena final del siguiente capítulo, cuando el sacerdote da de comer al loro charlatán con «su propia venerable mano» (p. 43), es una invitación al lector de comparar la charlatanería y gula del pájaro (¿los fieles?) con las del sacerdote. Como luego más tarde (pp. 69-70) la referencia al zángano (la inutilidad), comparación que se extiende hasta su sobrino Jacinto (pág. 82), abogado y estudioso de la historia de los Concilios (p. 90).

Al describir «el mucho amor que nuestro buen canónigo tenía al encantador retoño de su cara sobrina María Remedios» (p. 68), el irónico narrador hace un comentario mordaz: «¡Inútil celibato el de los clérigos! Si el Concilio de Trento les prohíbe tener [552] hijos, Dios, no el demonio, les da sobrinos para que conozcan los dulces afanes de la paternidad». Que yo sepa, Cardona es el único crítico que haya comentado esta intervención por parte del narrador en una nota al pie de página de su esmerada edición del texto de 1902:

«Galdós utiliza irónicamente, aunque su ironía no esté dirigida a don Inocencio, el proverbio A quien Dios no da hijos, el demonio le da sobrinos, que a veces se ha aplicado a sacerdotes amancebados cuyos hijos eran automáticamente 'sobrinos'.» (ed. cit., p. 121, not. 145)

Al contrario de Cardona, yo creo que la ironía del narrador sí va dirigida a don Inocencio, indirecta que según otras indicaciones del texto implica no sólo el amancebamiento sino también el incesto. Si tengo razón y hay que leer entre líneas, sobreentendiendo la aplicación al caso del tío Inocente del dicho repetido por el zapatero de Sender de que «los curas son las únicas personas a quienes todo el mundo llama padre, menos sus hijos, que los llaman tíos», el hogar del sacerdote es la casa del sacrilegio y su proyecto («nuestro santo propósito», p. 234) de un matrimonio de conveniencia entre su hijo ilegítimo y Rosario («desacorde pareja», p. 86) se destaca aún más como la antítesis de la unión libre entre ésta y Pepe Rey, cuyo plan de legalizarla por vía civil se frustra por la malevolencia de la sobrina-madre.

Las primeras noticias que tiene el lector de María Remedios vienen de las malas lenguas de Las Troyas que la llaman Suspiritos por suspirar siempre como lamentándose (¿Lamentándose de qué?): «Es su sobrina, su ama o no sé que» (p. 119). Ellas informan a Pepe Rey que es una señora muy guapa que se peina al estilo de Madrid (p. 117). Cuando el narrador la saca en primer plano en el capítulo XXVI para descubrir la importancia del papel encubierto de María Remedios, su retrato es algo ambiguo:

«En su físico María Remedios no podía ser más insignificante. Distinguíase por una lozanía sorprendente, que aminoraba en apariencia el valor numérico de sus años, y vestía siempre de luto, a pesar de que su viudez era ya cuenta muy larga» (p. 232). [553]

Cuando se queja de las preocupaciones de ser madre al lado de un canónigo y profesor de latín que no puede asegurar el porvenir económico del hijo, no alude a la familia ni al apellido del supuesto marido muerto:

«Por más que echemos humos, siempre será usted el hijo del tío Tinieblas, el sacristán de San Bernardo..., y yo no seré nunca más que la hija de Ildefonso Tinieblas, su hermano de usted, el que vendía pucheros, y mi hijo será el nieto de los Tinieblas..., que tenemos un tenebrario en nuestra casa, y nunca saldremos de la oscuridad...» (p. 240).

Los primeros párrafos de este capítulo, que abre para el lector las puertas cerradas de la casa de los Tinieblas, le inician al lector en el gozo del descubrimiento de lo desconocido y del origen de las cosas y le alertan que atienda el significado oculto de las palabras, el doble fondo de la ironía:

«Era una señora, una verdadera señora, pues a pesar de su origen humildísimo, las virtudes de su tío carnal el señor don Inocencio, también de bajo origen, más sublimado por el Sacramento, así como por su saber y respetabilidad, habían derramado extraordinario esplendor sobre toda la familia.» (p. 230).

En seguida el narrador comenta la pasión maternal por el hijo:

«El sentimiento materno es el único que, por lo muy santo y noble, admite la exageración; el único que no se bastardea con el delirio. Sin embargo, ocurre un fenómeno singular que no deja de ser común en la vida, y es que si esta exaltación del afecto materno no coincide con la absoluta pureza del corazón y con la honradez perfecta, suele extraviarse y convertirse en frenesí lamentable, que puede contribuir, como otra cualquiera pasión desbordada, a grandes faltas y catástrofes.»

A continuación el narrador introduce explícitamente la duda en cuanto a la apariencia y la realidad de la virtud en el caso particular de María Remedios, anticipación de la ironía general del epitafio: «En Orbajosa, María Remedios pasaba por un modelo de virtud y de sobrinas; quizá lo era en efecto» (p. 230). Sigue sembrando por el camino de la narración señales involuntarias de una historia oculta con la que los protagonistas no quieren conscientemente encararse. Cuando el tío advierte a la sobrina que «nuestro idolatrado Jacinto» no puede casarse con Rosario por ser ella ya una mujer perdida, María Remedios la defiende de una manera enigmáticamente interesada: [554]

«- Sobrina -dijo don Inocencio grave y sentenciosamente-, cuando ha habido cosas mayores, los caprichillos no se llaman caprichillos, sino de otra manera.

- Tío, usted no sabe lo que dice -repuso la sobrina, cuyo rostro se inflamó súbitamente-. Pues qué, ¿será usted capaz de suponer en Rosarito...? ¡Qué atrocidad! Yo la defiendo, sí, la defiendo... Es pura como un ángel... Vamos, tío, con esas cosas se me suben los colores a la cara y me pone usted soberbia.

Al decir esto, el semblante del buen clérigo se cubría de una sombra de tristeza, que en apariencia le envejecía diez años.» (pp. 235-6)

La imagen del tío durante el tormento verbal dado por la sobrina, hecha arpía/furia, que le amenaza con marcharse con el hijo -«¡Pobre pollo en las garras del buitre!» (p. 242)-, recuerda el aguafuerte Carnívoro buitre de Goya y señala quizás el origen sexual de la trampa. Ante el chantaje emocional de su verdugo, el sacerdote, que proclama «Antes que nada es mi conciencia» (p. 245), se entrega y se hace cómplice del remedio ilícito de su sobrina. El gesto teatral de lavarse las manos y la acotación -«Dirigió a su sobrina una mirada penetrante» (p. 250)- demuestran que incluso dentro de su casa tío y sobrina desempeñan un papel ficticio, usando el tratamiento formal y salvando las apariencias, en una farsa piadosa.

La mala fe del sacerdote contrasta con la buena fe de Pepe Rey en el examen de este infierno de mi conciencia» (p. 253) que hace en las cartas dirigidas a su padre que siguen. Como antes Rosario en el monólogo confesional que ella dirige a Dios-Padre (pp. 212-213), Pepe Rey reconoce su caída de gracia y su culpabilidad al traicionar sus principios cristianos y experimenta una conversión, aceptando la voluntad del padre que actuara dentro de la ley. En su primera carta Pepe Rey escribe sobre la naturaleza de la oración y del remordimiento, pensamientos que por su posición en el texto ya se señalan como punto de referencia para la interpretación del final de la novela:

«Ya sé lo que es la oración: una súplica grave y reflexiva, tan personal, que no se aviene con fórmulas aprendidas de memoria; una expansión del alma, que se atreve a extenderse hasta buscar su origen; lo contrario del remordimiento, que es una contracción de la misma alma, envolviéndose y ocultándose, con la ridícula pretensión de que nadie la vea.» (p. 253)

Las epístolas epilogales de don Cayetano revelan que la victoria de la reacción católica ha sido pírrica. Don Inocencio ha reñido con su sobrina y vive solo, retirado de la vida social y quiere marcharse a Roma. Doña Perfecta se ha deteriorado físicamente y se dedica a la práctica religiosa, pagando el culto litúrgico. (En la versión comentada por Ribbans, que revela explícitamente la cara oculta de María Remedios, es Doña [555] Perfecta quien, «horrorizada», se marcha a Roma). De cualquier modo que se interpreten las señales (como individuos, ¿peregrinación de penitencia?, como figuras de la Iglesia y del papado, ¿retirada a la plaza fuerte del Vaticano/renacimiento litúrgico?), la ambigüedad no parece indicar la imparcialidad del autor que sostiene Cardwell, sino que refuerza la polémica tesis anticlerical. Hay una fuerte impresión al final de una crisis de conciencia escondida: la tragedia de la falsa conciencia histórica de unas personas y una institución que sufren interiormente las consecuencias de su error. Al final de la investigación novelesca del estado confesional, Roma se descubre como la autora del crimen de la frustración de ese nuevo futuro soñado por el liberalismo. Así se entendía en la época. «Clarín» en una reseña contemporánea de Doña Perfecta terminó con una recomendación: «Concluyo recomendando esta novela, como libro de viaje, a los peregrinos de Roma». Recomendación que igual vale para hoy.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo